

¿AUGURIO POLÍTICO PARA LA AMÉRICA LATINA?

LA DEMOCRACIA CRISTIANA Y LA VICTORIA DE FREI EN CHILE

RICHARD WEATHERHEAD
y JOSEPH MAIER,
de la Rutgers University

LA VICTORIA del demócrata cristiano Eduardo Frei, en las recientes elecciones presidenciales de Chile, es un augurio halagüeño para aquellos países de la América latina que buscan la manera de combinar la democracia y el progreso. El triunfo de Frei sobre su adversario socialista —apoyado por los camunistas— Salvador Allende, es el acontecimiento político más importante ocurrido en Latinoamérica desde que Fidel Castro llegó al poder en Cuba en 1959 y puso en marcha la extremada aventura comunista del cambio revolucionario violento. Los demócratas cristianos de Chile, como los de toda Latinoamérica, se enfrentan con la angustia del pueblo, discuten los problemas del cambio en una sociedad tradicional y reconocen la necesidad urgente de soluciones revolucionarias, expresadas a veces al través de las estridencias del nacionalismo. De hecho, lo que ofrecen a los votantes chilenos no es una alternativa al cambio violento, prometen un cambio revolucionario, pero rechazan la violencia revolucionaria.

La ascensión de los partidos demócratas cristianos en la América latina es un fenómeno político contemporáneo, que sobreviene en los años que siguen a la segunda guerra mundial. Al surgir como grupos políticos muy influyentes en Venezuela y en Chile, junto con un poder incipiente o de peso en otras naciones, plantean el problema de si se puede servir de vehículo para un cambio real sin violencia, o sea, una alternativa frente a las panaceas totalitarias del marxismo leninismo o del castrismo. Cabe preguntarse si los par-

tidos demócratas cristianos son meras coaliciones producto del momento, una efímera moda política europea, con un programa de reforma demasiado amplio en teoría, o demasiado local cuando se trata de aplicarlo, para tener una significación duradera en Latinoamérica. ¿Es el triunfo de Frei un signo precursor de un movimiento continental, de la "América del mañana" que los demócratas cristianos dicen ser el suyo, o hay que explicar su triunfo exclusivamente por los problemas especiales de Chile y sus modos y tradiciones políticas peculiares?

La democracia cristiana, en cuanto movimiento internacional de atracción universal, empezó en la Europa occidental en el último tercio del siglo XIX como una protesta humanitaria y católica en contra de los males de la sociedad industrial. Estuvo inspirada por la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, publicada en 1891, que proporcionó una base cristiana a la crítica socialista del capitalismo. Se enfrentaba a la terrible diferencia que había entre los pocos ricos y los muchos pobres, entre el lujo material y la degradación moral, y exhortaba a los políticos a que elevaran sus conciencias y cumplieran sus obligaciones morales formando partidos socialistas cristianos y organizaran sindicatos bajo sus propios auspicios. No era sólo una protesta en contra del irrefrenado *laissez-faire* capitalista de aquel momento, sino que también era una respuesta cristiana y humanitaria al credo ateo y antirreligioso del marxismo.

Pontífices posteriores han insistido sobre la justicia cristiana que se encierra en la *Rerum Novarum*, tanto en sus políticas como en sus encíclicas. Los principios básicos fueron elaborados en la *Quadragesimo Anno* de 1931 y en la *Mater et Magistra* de 1961.

Estas tres encíclicas expresan la postura oficial de la Iglesia en materias tales como la propiedad privada, la justicia social y la dignidad del hombre en la edad industrial.

Si estas encíclicas pueden ser consideradas legítimamente como la Carta Magna de los movimientos políticos y laborales católicos, no deja de ser cierto que los escritos del filósofo francés Jacques Maritain y los del pensador político ita-

liano Luigi Sturzo ofrecen una ideología más explícita de la democracia cristiana. Sus obras han conferido una atracción universal a todo el movimiento, llegando más allá de Europa y extendiéndose fuera de la Iglesia católica. Las encíclicas demuestran el catolicismo del movimiento; la filosofía de Maritain y de Sturzo, su catolicidad.

Quizá más que ningún otro hombre de este siglo, Maritain sea el responsable de la resurrección del pensamiento tomista y de su proyección popular sobre los problemas sociales del momento. Este neotomismo, articulado en la filosofía de Maritain, insiste en que el espíritu democrático surge del evangelio y sobre él finca su existencia verdadera. De manera similar al enfoque tomista de la ley natural, Maritain dirige su mensaje más allá de los confines de cualquier religión instituida, para alcanzar a todos los hombres que buscan la justicia social y comparten su fe en la dignidad esencial de la humanidad. Al catolicismo de este pensamiento, que informa en gran manera al movimiento demócrata cristiano, Maritain le ha llamado "humanismo integral".

Mientras los fundamentos ideológicos de la democracia cristiana se remontan en la historia del hombre occidental al Evangelio, las enseñanzas del Doctor angélico del siglo XIII, a las encíclicas papales de los siglos XIX y XX y, más recientemente, al "humanismo integral" de Jacques Maritain, los propios partidos demócratas cristianos están muy lejos de ser grupos estrechamente católicos o religiosos. La democracia cristiana, como un movimiento político de amplitud universal o partícipe en la formación de partidos nacionales, no es exclusivamente católico ni confesional en modo alguno. No es una dependencia política del Vaticano ni un instrumento de la jerarquía católica en tal o cual país. No es una conspiración política para establecer un gobierno teocrático cualquiera. Por el contrario, es un intento de ayudar a los modernos partidos de masas que actúan dentro de las normas parlamentarias. Tiene la mayor flexibilidad posible en el reclutamiento religioso o étnico: su único representante en el congreso panameño, Moisés Cohen, es un judío ortodoxo, y Enrique Berstein, de origen judío, es una de las voces más

oídas en los círculos directivos del partido de E. Frei. Los demócratas cristianos se manifiestan en todas partes escrupulosamente observantes de la separación de la Iglesia y el Estado. El nombre completo del partido demócrata cristiano de Venezuela, COPEI (Comité de organización política electoral independiente) indica una clara conciencia de las diferentes áreas de la vida secular y eclesiástica.

La universalidad de la democracia cristiana como una filosofía y una actividad política explica en gran parte su desarrollo histórico y sus recientes éxitos en la América latina. Si bien es cierto que los partidos demócratas cristianos aparecen a raíz de la segunda guerra mundial, los latinoamericanos respondieron a su filosofía desde los principios de la década de 1930, poco después de la promulgación de la *Quadragesimo Anno*. Fueron años de agitación filosófica entre los jóvenes universitarios y entre los políticos influidos por las encíclicas papales y los escritos de Jacques Maritain y Luigi Sturzo. En el Brasil, Alceu Amoroso Lima promovió entre sus seguidores una investigación independiente y humanista sobre las realidades de la vida brasileña en la época en que Getulio Vargas defendía los conceptos importados de "Estado corporativo". En Chile, Jaime Castillo, Manuel Garretón y Eduardo Frei eran jóvenes conmovidos por la situación de los trabajadores, los mineros y los campesinos; a continuación formaron la *Falange Nacional*, que resulta la precursora del partido demócrata cristiano chileno actual. En el Perú, Ernesto Alayza, César Arróspide y Héctor Cornejo Chávez hallaron en la democracia cristiana una posición frente al comunismo y al capitalismo. En Venezuela, Rafael Caldera y Pedro del Corral condujeron a sus contemporáneos de la primera organización de COPEI en la búsqueda de un remedio a la miseria social que fuera al mismo tiempo revolucionario, no violento y humanitario. En 1934, Frei, Caldera, Garretón y Alayza, ya firmemente adheridos a los principios de la democracia cristiana, fueron a Roma y participaron en las discusiones de *Pax Romana*, una asociación de estudiantes católicos equivalente a los clubs Newman.

Desde la segunda guerra mundial la democracia cristiana,

en Latinoamérica, ha llegado a la mayoría de edad principalmente en tres países: Chile, Venezuela y Perú. Ha influido, evidentemente, en otras naciones en las que tiene estructuras organizadas, pero las posibilidades de que llegue inmediatamente al poder o de que ejerza una presión decisiva sobre la política del gobierno son por ahora limitadas. En Cuba la democracia cristiana no existe y sus partidarios están en el exilio; en México, los demócratas cristianos no pueden actuar independientemente, sino que tienen una influencia ideológica sobre la oposición política, sobre el PAN (Partido de Acción Nacional) o pueden reclutar conversos a su causa en el partido gubernamental, el PRI (Partido Revolucionario Institucional). En el Brasil, el clima para el debate político, dentro de un marco de oposición débil o clandestina, depende del resultado de la revolución o de la reacción conservadora que por ahora está en marcha. En Colombia, cualquier progreso de los demócratas cristianos se ve dificultado por la transacción indecisa entre los liberales y los conservadores y por la inclinación tradicionalmente conservadora de la Iglesia colombiana. Incluso en el Uruguay, donde los demócratas cristianos han tenido una historia nacional más larga que en cualquier otra nación, su organización es débil y sus adherentes escasos. De todos modos, el destino del Uruguay en cuanto al *welfare state* parece alternar entre los dos partidos principales, los Blancos y los Colorados.

A pesar de estos inconvenientes, los demócratas cristianos se proponen llegar a ser, con el tiempo, la única fuerza política dominante en la mayoría de los países de la América latina. Su organización regional en esta parte del continente americano, la ODCA (Organización de la Democracia Cristiana de América), celebra periódicamente congresos en los que cada partido nacional presenta su programa y discute con los representantes de otros partidos las actitudes generales que debe asumir la democracia cristiana. Se debaten los problemas de la reforma agraria, los proyectos de integración económica del hemisferio, de nacionalización y de expropiación, el papel del indio en la estructura monetaria y social de una nación, el choque ideológico entre el liberalismo cristiano y el tota-

litarismo comunista, la democracia cristiana como de una tercera fuerza ni comunista ni reaccionaria y el embrollo diplomático surgido de Cuba.

Hay cinco editoriales en diferentes países de la América latina que imprimen folletos, libros y revistas, o sea, un tipo de literatura informativa y de propaganda que populariza las creencias fundamentales de la democracia cristiana y contribuye a dar mayor profundidad a las discusiones políticas entre los estudiantes, los sindicalistas y los miembros del partido. Los centros de estudio, patrocinados por la democracia cristiana, abren sus puertas a los estudiantes universitarios y a cualquiera que se interese por los puntos fundamentales de la reforma social. El COPEI patrocina el Instituto Luigi Sturzo de Caracas. Los demócratas cristianos se han apuntado triunfos muy importantes en áreas tan vitales como las federaciones de estudiantes universitarios. En Chile y en Venezuela, por ejemplo, estas federaciones están ahora controladas por los jóvenes partidarios de este movimiento. Antes estuvieron dominadas y manejadas por los elementos de extrema izquierda o por los comunistas.

Aun cuando gran parte o toda su ideología proviene de fuentes europeas y sus miembros son participantes de un movimiento internacional, los demócratas cristianos forman auténticos partidos nacionales con programas netamente nacionales. El contraste entre los viejos demócratas cristianos de Europa y sus más recientes retoños americanos es sorprendente. Los partidos en Alemania, Italia y Francia son mucho más moderados al tratar los problemas internos o externos de lo que son sus contrapartidas latinoamericanas. Debe recordarse que en Europa estos partidos heredaron los métodos de gobierno parlamentario y viven en una sociedad que ha logrado grandes beneficios de los avances de la ciencia y de la técnica.

Los latinoamericanos, sin embargo, se encuentran en la necesidad de romper los grilletes de una sociedad y de una economía caracterizadas como tradicionales y coloniales. Su enfoque es más radical y más idealista y la retórica revolucionaria invariablemente cubre páginas y páginas de discursos

y programas: se fulmina en contra del colonialismo, se aboga por una política de no intervención y por un programa de estabilización de precios de las mercancías y las materias primas exportadas al resto del mundo. En lo que se refiere a la política interna se habla en contra de la gran propiedad, en contra de la hacienda, se exige un control sobre la riqueza nacional, especialmente de los subsuelos, así como sobre la propiedad de los medios de producción para el capital y el trabajo, "pero especialmente para el trabajo". Los temas que se repiten constantemente son el de la independencia en política extranjera y el del nacionalismo en política interna. En la Europa occidental estos temas, cuando surgen, son defendidos en un contexto diferente y con menos énfasis.

Los partidos demócratas cristianos de Chile y de Venezuela son verdaderos partidos de masas. El peruano está en el camino que le llevará a que las masas le sigan. Los tres, sin embargo, atraen miembros de todas partes y todas las clases de la sociedad están representadas. Entre los jóvenes, especialmente entre los universitarios, la democracia cristiana ha cosechado muchos seguidores fervientes. Las universidades latinoamericanas, desde tiempo casi inmemorial, han sido un centro neurálgico de primera importancia; en ellas el estudiante es el protagonista de los cambios radicales y el antagonista del gobierno de turno, en ellas es donde se alcanza la preeminencia intelectual y en ellas se logra el liderazgo político. La parte de la clase media que se siente insegura y anhela compartir los frutos de una vida mejor, los jóvenes asalariados profesionales, los trabajadores de oficina y, en el más amplio sentido, "la clase de los intelectuales", miran cada vez más hacia la democracia cristiana en busca de seguridad y progreso. Están profundamente resentidos por las espirales inflacionarias y el desempleo recurrente. Un elemento relativamente nuevo en el núcleo de los adherentes es la mujer. Con su celo protector de la familia en cuanto centro real de la sociedad, y con un interés apropiado por las reformas sociales y por la estabilidad, son unas partidarias y propagandistas activas de este movimiento. Estas modernas feministas y sufragistas de la clase media han hecho valer sus derechos

políticos como ciudadanas en Venezuela y Chile, y la democracia cristiana ha sido la principal beneficiaria. Las clases trabajadoras, sindicalizadas o no, han hallado en los líderes del movimiento portavoces prontos a defender su causa. A los miembros del partido se les insta a que hagan un trabajo social y emprendan el reclutamiento de los habitantes de los suburbios más miserables de las ciudades, o entre los campesinos y los indios que aun se hallan en la periferia de la existencia nacional. Llevan los fundamentos de la educación primaria a las regiones más abandonadas del campo y, a medida que acaban con el analfabetismo, aumentan los votos potenciales para su partido en el momento de los comicios.

Los demócratas cristianos han corrido con suerte varia en las tres naciones en las que actualmente ocupan un puesto prominente en la vida política. La victoria de Frei en Chile parece inaugurar una época de reforma y una temporada de estabilidad. Pero esto se debe sólo en parte al programa que le ofreció al electorado chileno. Más importante quizá que el éxito logrado en las elecciones de septiembre, es la persistencia de una tradición política característica de Chile. Ya en 1815 Simón Bolívar había advertido:

El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allá el espíritu de la libertad: los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado: estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres: no alterará sus leyes, usos y prácticas: preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.

La experiencia de Chile en la política ha sido más regular, más constitucional, de un modelo más europeo que la

mayor parte de los países latinoamericanos. Su vida política, en el último siglo y en el presente, no ha sido sacudida tan profundamente por la violencia anticonstitucional o por las venganzas de los caudillos militares que buscaban poder. Si otras naciones han padecido a manos de dictadores oportunistas, las molestias o las heridas de Chile se han originado en la multitud de partidos. La Iglesia católica se ha caracterizado durante mucho tiempo por su mentalidad liberal, por su liderazgo en materia educativa y por su interés auténtico por los problemas nacionales. El diario intelectual más importante es el publicado por los jesuitas, *Mensaje*, y se ofrece como foro al pensamiento crítico, sea del matiz que sea. Aunque a Chile se le considera como una nación *mestiza*, o sea, como una fusión de la raza indígena y de la española, no hay duda de que la influencia étnica más importante viene de España y de otras partes de Europa, de donde proceden amplios injertos de ingleses, alemanes, italianos, suizos, franceses y yugoeslavos. Éstos aportaron un impulso y una inteligencia dinámica que en los otros países latinoamericanos o no existe o es mucho menor. Desde el siglo pasado, el sistema educativo chileno se admira por el valor y la disciplina académica que viene de sus fundadores, Andrés Bello y Manuel Montt. Gabriela Mistral, la excepcional poetisa chilena de la presente generación, es la única persona en latinoamérica que ha recibido el premio Nobel de literatura. Y no se debe al azar el que la oficina regional de la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina) esté en Santiago de Chile o el Banco Interamericano de Desarrollo esté dirigido por un economista chileno de la talla de Felipe Herrera, reelegido presidente.

La victoria de Eduardo Frei se debe tanto a los acontecimientos políticos del pasado de Chile como al ejemplar sentido común de la democracia cristiana. Es una garantía el que la solución parlamentaria sea aún válida y el que los medios de la reforma social deban de fundamentarse en procedimientos no violentos: ni en la reacción de la derecha ni en los extremismos de la izquierda. El lema electoral de Frei, "revolución en libertad", es una referencia a la ideología

de la democracia cristiana y recuerda la ecuanimidad del pasado político chileno. Sin embargo esto no quiere decir que sólo se harán ajustes pasajeros y de oropel. Las reformas de las que se ha hablado y que Frei ha prometido serán totales cuando se lleven a cabo. Se ha comprometido a lograr un cambio de la estructura de la sociedad chilena durante su administración. El nuevo presidente chileno ha prometido no ser dogmático ni hacer confiscaciones arbitrarias en este proceso de reforma. No obstante, habrá una mayor planeación gubernamental y una dirección más detallada de los organismos del Estado para adelantar en el camino del progreso y de la justicia social.

Frei, por ejemplo, se enfrenta al problema de la industria del cobre, que es la fuente del 70 % de las divisas, de una manera típicamente pragmática. Habla de la "chilenización" de las minas de cobre en vez de nacionalización sin más. Bajo esa palabra aparentemente indica una mayor dirección del gobierno en lo que se refiere a la producción y a las ventas, un rápido incremento de la producción de cobre, arreglos para que sea refinado en Chile, una mayor participación chilena en la propiedad de las compañías extranjeras que extraen el mineral y un acuerdo internacional que asegure precios estables para este mineral en el mercado mundial. Frei ha declarado ante el mundo su resolución de organizar las amplias reservas de mineral de cobre existentes en Chile para el beneficio de su pueblo. Ha solicitado la cooperación de las compañías americanas involucradas y ha solicitado una política comprensiva del gobierno de los Estados Unidos. Esta manera de enfrentarse al problema del cobre promete una seguridad mayor a las minas de propiedad americana y una mayor solvencia al gobierno chileno. Asimismo, puede decirse que es una solución que encaja bien en el marco ideológico y político de la Alianza para el Progreso.

Como prueba de lo anterior en la segunda quincena de diciembre de 1964 se formalizó una negociación entre el gobierno de Frei y la compañía Kennecot (a través de su filial, Braden Copper Company, dueña de las minas "El Tendiente" ubicadas al suroeste de Santiago). En virtud de este

acuerdo se formaría una nueva sociedad constituida por la Braden Company y el gobierno de Chile, en la cual éste dispondría del 51 % de las acciones. Esta fórmula pragmática y no violenta parece sentar la pauta de la política económica del nuevo gobierno demócrata cristiano. Además, Frei y su gabinete se aprestan a resolver los problemas nacionales de una manera rápida y de acuerdo con su programa electoral.

Con todo, siguen en pie los problemas cada vez más inaplazables que Frei y su nuevo gobierno van a heredar. La inflación sigue siendo una carga onerosa para la clase media y es el obstáculo de toda reforma económica. Las bien pertrechadas elites y la cerrada oligarquía son otros tantos problemas por tratar y su inercia o su oposición a los cambios debe superarse. El agricultor, reducido en los latifundios a una condición análoga a la del siervo y las familias que viven en los barrios bajos de las ciudades tienen que ser rescatados de tan anacrónica situación. Hay que acometer la renovación urbana y los proyectos de construcción de viviendas en gran escala. El crecimiento demográfico vertiginoso debe sujetarse a algún control efectivo. Y debe de encontrarse un límite a la proliferante burocracia. Estos problemas existen y, de por sí, son bastante difíciles: pero los incesantes ataques de la extrema izquierda hacen que su solución sea aun más urgente.

En el Perú y en Venezuela, los demócratas cristianos se enfrentan con obstáculos que han de frustrar sus posibilidades de éxito inmediato. En ambos países el poder político está en manos de partidos ostensiblemente comprometidos a introducir cambios sociales por medios democráticos. En el Perú *Acción Popular*, el partido del presidente Belaúnde Terry, cuyo mandato llega hasta 1969, se inclina por un tipo de reforma que en su idea y en su llamado se asemeja a la que ofrecen los demócratas cristianos. Los *apristas*, el quijotesco partido del Perú de pretensiones continentales, con su justo celo en socorrer a los desposeídos indios, desviado por sus métodos políticos belicosos e inexorables se encuentra en una postura crítica que los ha llevado ahora junto a su peor enemigo, Manuel Odría, el dictador que en una ocasión les

prohibió cualquier actividad política. Más importante que esta combinación política, en la que los demócratas cristianos sólo ejercen una ligera influencia, es la actitud tradicional de las castas militares peruanas. El ejercicio peruano, contrariamente a las fuerzas armadas chilenas, se concede a sí mismo la última palabra en materia de política. Ha gobernado directamente o se ha opuesto a los gobiernos por medios indirectos. En Chile el ejército ha mostrado más escrúpulos en lo que se refiere a la Constitución y una deferencia más constante hacia sus mantenedores civiles.

En Venezuela, *Acción Democrática*, el partido en el poder desde 1958, ha llegado a ser en realidad el partido constituido, que ejerce un peso determinante en todos los aspectos de la actividad política y no es probable que abandone el control del gobierno nacional en un futuro próximo. Se ha identificado con los logros revolucionarios dentro de un marco legal y presenta un pasado aceptable de ejercicio democrático. Es más, ha aceptado la fácil fórmula entre la estabilidad continua de Venezuela y su propio mantenimiento en el poder. Puede esperarse que *Acción Democrática* utilice todos los privilegios que acompañan a la presidencia para asegurar el modo de perpetuarse como partido político dominante.

El mandato de Frei debe ser puesto a prueba nuevamente en las elecciones parlamentarias de marzo de 1965. Los cristianos demócratas tendrán que demostrar que ganaron las elecciones presidenciales a pulso en el pasado mes de septiembre, sin ayuda de un voto de protesta en contra de Allende e, indirectamente, en contra de Castro y de los comunistas. Frei necesita demostrar que representa una alternativa valedera frente al extremismo y no un simple mal menor. Es decir, los demócratas cristianos necesitan probar que desde 1958 han llegado a ser numéricamente el primer partido de Chile.

Esto no quiere decir que el panorama es sombrío para los cristianos demócratas en el Perú y en Venezuela o que la victoria de Frei en Chile carece de importancia. Los demócratas cristianos brindan una filosofía que aborda los problemas sociales más urgentes de nuestro tiempo. Esta es occi-

dental, cristiana y sus preceptos del "humanismo integral" son profundamente humanitarios. Estos principios son presentados en muchas ocasiones por los partidos políticos que se hallan fuertemente estructurados y buscan partidarios entre las masas populares. Su desarrollo se ha llevado a cabo durante el siglo xx y goza del prestigio de lo novedoso. Tanto en la filosofía como en el partido, los demócratas cristianos ofrecen soluciones que son positivas y no violentas.

Por ahora, se puede decir que el triunfo de Frei en Chile es tanto un ensayo político como un portento de esperanza para Latinoamérica y para el resto del mundo. Los demócratas cristianos son un partido político nuevo que sigue los caminos democráticos y cuyos recientes triunfos han reforzado su organización y su carácter parlamentario. Su programa de reformas sociales pide el cambio por medios pacíficos. Su "revolución por consentimiento" se ofrece como una alternativa propicia frente al castrismo y frente a otras fórmulas totalitarias. Su crecimiento se ha producido en un suelo nativo y sus metas se han unido a un nacionalismo constructivo. Sus lazos con otros partidos demócratas cristianos de la América latina y de Europa le permiten enfocar los problemas nacionales con la perspectiva de la civilización occidental y combatir las panaceas locales que serían contraproducentes o calamitosas para quienes las utilizaran. Finalmente, su objetivo de conjugar la vía democrática con el cambio social imperativo, corresponde idóneamente con las metas de largo alcance de la Alianza para el Progreso.